

trabon, eran los arevacos, los mas poderosos de todos, al Sur del Duero; los carpetanos, en la comarca de Toledo, por donde corre el Tajo; los vaccéos, por la parte donde está hoy Palencia; los oretanos, en lo que riega el alto Guadiana: siendo los límites de la Celtiberia, por el Norte las sierras de Urbion y de Oca, por el Sur el Orospeña, por el Este las sierras de Segura y de Alcaráz, habiendo variado mucho por Occidente, hasta llegar en una época cerca de las costas del Mediterráneo.

No hemos fijado los límites precisos de cada uno de estos pueblos, por la frecuencia con que debieron variar, y porque seria de desear tambien mayor conocimiento del que respecto á las alteraciones de cada época pudieron tener los antiguos geógrafos. Ni hemos mencionado todas y cada una de las subdivisiones de tribus, ya por la escasa importancia histórica que algunas tienen, y ya tambien porque muchas de ellas omitieron los mismos escritores griegos y romanos por pretesto de la repugnancia que dicen les causaba lo poco armonioso, si ya no lo ridículo de sus nombres <sup>(1)</sup>. Estrabon da por excusa de su silencio

(1) Sin perjuicio de explicar en el texto, segun que de ello se va ofreciendo ocasion, la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones con los modernos y actuales, damos por apéndice al final de este primer volumen una tabla ó catálogo alfabético de los mas importantes y que tenemos por mas averiguados, con expresion de la provincia actual á que pertenece cada region ó pueblo de los que allí se nombran. Los que acaso no expliquemos en el discurso de la obra, los podrá fácilmente encontrar

la difícil y semi-bárbara pronunciacion que tenían <sup>(1)</sup>. Plinio no menciona sino las que eran fáciles de pronunciar en latin <sup>(2)</sup>. Y á Marcial le sirvió de tema la rusticidad de sus nombres para sus punzantes epigramas <sup>(3)</sup>.

Groseras y rústicas tenían que ser las costumbres de estos primitivos pueblos. Espresarémos algunos de sus rasgos característicos, tales como nos han sido trasmitidos por los mas antiguos historiadores.

Distinguíanse los habitantes de las montañas por su ruda y agreste ferocidad. Estrabon pondera en términos acaso demasiado enérgicos la fiereza de los cántabros. Intrépidos y belicosos, de genio indomable y ánimo levantado, contentos y bien hallados entre la fragosidad de sus bosques, en guerra siempre con otras gentes por sostener su independencia, negábanse estos montañeses á toda transaccion y aun á toda comunicacion con los demás pueblos. Su furor marcial llenó de terror á cuantos intentaron su conquista.

Servíanse de una especie de escudos llamados *peltas*, y de armas ligeras como el venablo, la honda y la espada, propias de gente que necesitaba de agi-

allí el lector, á no ser que, ó sean poblaciones que hayan dejado de existir, ó se ignore todavía ó sea muy dudosa su correspondencia.

(1) Estrabon, lib. III. cap. IV.

(2) *Latioli sermone dictu facilia*. Plin.

(3) *¿Rides nomina? rideas libit*. Epigr. lib. IV. epist. 55.

lidad para sus asaltos y correrías de montaña. Los ginetes tenían sus caballos acostumbrados á trepar por sierras y colinas; y al modo de los astures, no menos guerreros que ellos, solían montar dos ginetes en un mismo caballo, para poder combatir, cuando el caso lo requiriese, á pié el uno y á caballo el otro. Hacía-seles insoportable la vida sin el arreo de las armas, y cuando la falta de vigor los inutilizaba para la guerra, preferían la muerte á una vejez que tenían por desdolorosa, y la buscaban precipitándose de lo alto de una roca <sup>(1)</sup>. Pródigos y despreciadores de la vida, si se veían amenazados de esclavitud, apelaban al suicidio; y si les faltaban armas, recurrían á un tósigo de que iban siempre provistos, y que decían mataba sin dolor.

Viéronse en la guerra cantábrica rasgos de heroísmo salvaje, que eclipsan las rudas virtudes bélicas de los espartanos. Madres que clavaban el acero en los pechos de sus hijos para no verlos en poder del enemigo: padres y hermanos, que hallándose prisioneros mandaban al hermano ó al hijo que los matase para no ser esclavos; hijos que lo ejecutaban, y soldados que clavados en una cruz cantaban alegres himnos en honor de sus dioses.

Ni por eso eran desconocidos los afectos del cora-

(1) *Cum pigra incanuit ætas  
inbelles jamdudum annos prævertere saxo:  
nec vitam sine Marte pati. . . . .* Sil. Ital. l. III.

zon á aquellas rústicas gentes. Los vínculos de la amistad los llevaban á tal extremo, que en consagrándose á un jefe ó caudillo, de tal manera ligaban y compartían con él su buena ó mala fortuna por toda la vida, que no se vió un solo ejemplar de que, muerto él, rehusáran morir todos, ni quisiera nadie sobrevivirle <sup>(1)</sup>. Admirable fidelidad, por lo mismo que caía en tan groseros corazones.

Refiérese de una de estas tribus que hacia su bebida favorita de sangre de caballo <sup>(2)</sup>, á estilo de los sarmatas y de los masagetas: y afirmase también que para limpiarse los dientes y encías usaban de un repugnante líquido, cuyo nombre dejamos al poeta Catulo expresar en idioma latino <sup>(3)</sup>. Las mugeres labraban los campos; y por mas estraña que nos parezca la costumbre de hacer las recién paridas acostarse á sus maridos y asistirles con mucho cuidado y esmero, así nos lo atestiguan los escritores romanos, y no es este solo el pueblo de que se refiere tan extravagante singularidad.

Agiles y astutos los lusitanos, diestros en armar asechanzas y en descubrir las que á ellos les ponían, hacían sus evoluciones militares con admirable orden

(1) *Neque adhuc hominum memoria repertur esse quisquam,* ret. Cæsar, libro III. capitulo 22.  
(2) *Et letum equino sanguine Concanum.* Horat. lib. III. od. IV.  
*citie devovisset, mori recusa-*

(3) *Quod quisque minxit, hoc sibi solet manè  
dentem et russam deficere gingivam.*

y facilidad. Usaban pequeños escudos cóncavos atados con correas sin asas ni hebillas, puñal ó machete, casco con penacho y cota de armas de lino. Algunos se servían de lanzas con los botes de cobre. Combatían á pié ó á caballo, á la ligera ó armados de todas armas: la guerra era su estado casi habitual; valientes, pero inconstantes de suyo.

Sóbrios y frugales sobre manera como todos los habitantes de las montañas, sustentábanse las dos terceras partes del año con pan de bellotas; bebían una especie de sidra ó cerveza; el poco vino que producía el país le consumían en los festines de familia. En estos banquetes se sentaban en poyos por orden de edad y de dignidad, y despues danzaban al son de una flauta ó trompeta. Dormían en el suelo sobre haces de yerba, cubiertos la mayor parte con túnicas negras ó sacos oscuros. Las mugeres gastaban trages rústicamente bordados. Los de tierra adentro traficaban entre sí por medio de cambios, si bien á veces empleaban por moneda pequeñas laminas de plata que cortaban á medida que las necesitaban para pagar los objetos comprados.

Exponían los enfermos en los caminos públicos, al modo que lo practicaban los egipcios antiguamente, por si algun transeunte conocía por propia esperiencia la enfermedad y el remedio. Apasionados de los sacrificios, que ofrecían á una especie de divinidad guerrera, servíanse de las entrañas de los cautivos para

sus adivinaciones, y desde el momento que la víctima recibía el golpe fatal sacaban los primeros augurios del modo ó postura en que caía. Cortaban la mano derecha á los prisioneros de guerra, y los consagraban á sus dioses. Tenían también sus hecatombes, á semejanza de aquellas de que hablaba Píndaro cuando dijo: «inmolad cien víctimas de cada especie de animales.» El suplicio de los reos de muerte era la lapidacion, y sacaban á los parricidas fuera de las fronteras, ó por lo menos de las poblaciones para aplicarles la pena.

De las tribus galaicas que moraban cerca del Duero dicese, que no hacían sino una comida diaria muy sencilla y frugal, que se bañaban en agua fria, y que se frotaban dos veces al dia el cuerpo con aceite, al modo de los lacedemonios.

Atribúyese á los astures haber sido los primeros entre aquellas naciones bárbaras en dedicarse á la explotacion de minas y al rebusco del oro, hasta el punto de llamarlos Silio Itálico *avaros astures*, y Lucano *pálidos escudriñadores del oro* (1): si bien solían tropezarse con los galaicos sus vecinos, ocupados en la propia operacion en las sierras aledañas de ambos países. Dicese que era frecuente en Galicia al labrar la tierra enredarse el arado en gruesos pedazos de

(1) . . . . . *Astur avarus*  
*visceribus lacerae telluris, etc.* Sil. Ital. l. I. v. 231.  
 . . . . . *Astur scrutator pallidus auri.* Lucan. t. IV. v. 298.

oro, y que habia en sus fronteras un bosque sagrado al cual era prohibido aplicar el hierro: «solamente, añade Justino, cuando el rayo hendia la tierra, se permitia recoger el oro puesto asi al descubiertto como un presente de la divinidad (1).»

Aparte de alguna ocupacion propia de alguna de las mencionadas tribus, entiéndese que en lo general los cántabros, vascones, gallaicos, lusitanos y astures, asemejábanse mucho en las costumbres y manera de vivir.

Dominando, á lo que parece, entre los celtiberos la raza celta sobre la íbera, tenian mucho de comun con las tribus de que hemos hecho mérito, pero diferenciábanse ya en costumbres y en genio. Tambien los celtiberos, como los cimbrios y como los cántabros, cifraban su gloria en perecer en los combates, y consideraban como afrentoso morir de enfermedad. Tambien adoraban un dios sin nombre, al cual festejaban en las noches de los plenilunios bailando en familia á las puertas de sus casas. Pero esto no impide el que dieran culto á *Elman*, á *Endovellico*, y á otras divinidades, segun atestiguan las inscripciones, bien indígenas, ó bien originarias de la Fenicia, como conjetura Depping (2). Natural es la idea de un culto religioso aun en los pueblos mas bárbaros; y lo que Estrabon dice de los gallaicos, que no se les conocia

(1) *Delectum aurum, velut Just. lib. XLIV. Dei munus, colligere permittitur.* (2) Tom. I. p. 212.

religion alguna, suponemos significará que no se sabía adorasen ningun dios de la teogonia pagana.

El traje celtibero era una ropilla negra ú oscura, hecha de la lana de sus ganados, á que estaba unida una capucha ó capuchon, que le dió el nombre de *sagum cucullatum*, con la cual se cubrian la cabeza cuando no llevaban el casquete, adornado con plumas ó garzotas. Al cuello solian rodearse un collar; y una especie de pantalon ajustado completaba su sencillo uniforme. En las guerras usaban espadas de dos filos, venablos y lanzas con botes de hierro, que endurecian dejándole enmohecer en la tierra. Gastaban tambien un puñal rayado, y se alaba su habilidad en el arte de forjar las armas. Presentábanse ya á pelear á campo raso: interpolaban la infantería con la caballería, la cual en los terrenos ásperos y escabrosos echaba pié á tierra, y se batia con la misma ventaja que la tropa ligera de infantería. El *cuneus*, ú orden de batalla triangular de los celtiberos, se hizo temible entre los guerreros de la antigüedad. Las mugeres se empleaban tambien en ejercicios varoniles, y ayudaban á los hombres en la guerra.

De entre las tribus celtiberas la que conservó por mas tiempo los hábitos de la vida nómada fué la de los vaccéos. *Late vagantes* los llama Silio Itálico. Pastores, agricultores y guerreros á un mismo tiempo, veíanse precisados para pelear á dejar guardados sus

cereales en silos, especie de hórreos ó graneros subterráneos, donde se conservaban bien los granos por largo tiempo <sup>(1)</sup>. Aun subsisten muchos en los pueblos de la Vieja Castilla, y la curiosidad ha movido muchas veces al autor de esta historia á bajar á estos silos y á examinarlos. Distribuíanse los vacceos las tierras que habian de cultivar cada año, y se repartian su producto, considerando el suelo como una propiedad comun: el que ocultára alguna parte de estos frutos era castigado con la última pena <sup>(2)</sup>.

Habia entre los carpetanos una tribu que vivia en cavernas aisladas. Moraba en una colina al Norte del Tajo.

Mucho menos toscos eran los que habitaban entre la costa oriental y los Pirineos. Los barcos representados en las medallas encontradas en los campos de Tortosa prueban que los moradores de la costa se daban ya al tráfico marítimo, y no es inverosímil ó que estuvieran ya mezclados con los pelasgos y tirrenios, ó que al menos mantuviesen tratos y relaciones con los etruscos de la opuesta costa de Italia. Valerosos y tenaces en defender su libertad nos pintan á los edetanos é ilergetes. El sol y la luna eran los principales dioses que adoraban aquellos pueblos.

Iban los de las Baleares á la pelea, ó enteramente

(1) Por cincuenta años el trigo, lib. XVIII, c. 30. y por ciento el mijo, segun Varro, de quien lo tomó Plinio, (2) Diód. Sic. lib. V.

desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta, ó cubiertas sus carnes con pieles de carnero á manera de zaléas, que nombraban *sisyrnas*. Ponderada fué siempre su habilidad y destreza en el manejo de la honda, y al decir de Lucio Floro, las madres no daban á sus hijos mas sustento que aquel que puesto en el hito acertaban ellos á tocar con la piedra lanzada con la honda <sup>(1)</sup>. Diodoro hablando de las tres hondas de distintos tamaños que parece acostumbraban á llevar, aquellos insulares, dice que una la llevaban ceñida á la cabeza, otra al rededor de la cintura y otra en la mano <sup>(2)</sup>.

Distinta era ya la cultura de los iberos que poblaban la costa meridional de la Península. Establecidos de inmemorial tiempo en el templado litoral del Mediterráneo, ó en las amenas márgenes del Betis ó del Guadiana, es de creer que la belleza de aquel cielo, la dulzura del clima y la feracidad de aquel suelo privilegiado, habrian modificado su originaria rusticidad y hecho que gustasen mas de la vida sedentaria y quieta, y que fuesen menos turbulentos y guerreadores que los pueblos del interior y de las montañas; sin que por eso hubiesen perdido del todo sus rudos instintos, ni dejaran de resistir con vigor y energía á los pueblos invasores. Los monumentos religiosos que di-

(1) Cibum puer á matre non te, percussit. Flor. lib. III., cap. 8. accipit nisi quem, ipsa monstran- (2) Diodor. lib. V. cap. 48.

cen haberse hallado sobre el Promontorio Cuneó testifica la rudeza de los cinesios, pues segun Estrabon y Artemidoro, reducíanse á tres ó cuatro piedras sobrepuestas, y conforme á una tradicion conservada de padres á hijos, cada vez que los navegantes abor- daban á aquel lugar mudaban las piedras y las cambiaban de posicion, contentándose con dirigir algunas preces á aquella especie de altar movable y de obelisco rústico <sup>(1)</sup>. Tambien segun Valerio Maximo <sup>(2)</sup>, in- molaban, como los cántabros, á los ancianos imposibilitados de llevar las armas.

En tal estado debieron encontrarlos los fenicios á su arribo. Mas habiendo sido las costas meridional y oriental de la Península las que primero recibieron la influencia de los tres pueblos civilizados que diremos despues, natural es que cuando los conocieron los romanos halláran ya en aquellos pueblos otra cultura y otras costumbres mas blandas y suaves. Estrabon y Polibio hablan en términos magníficos y pomposos de la civilizacion de los turdetanos. Supone que hacia nada menos que seis mil años que poseian leyes escritas en verso. Por esta cuenta se remontaba la civilizacion turdetana á tiempos muy anteriores á la creacion del mundo según la Escritura. Mas de la confusion y embarazo en que esta especie pudiera ponernos, sá- cannos con facilidad Diodoro de Sicilia, Varron, Plu-

(1) Estrab. lib. III., c. 4.

(2) Lib. XIII., v. 471.

tarco, Lactancio, Suidas y otros no menos graves au- tores, enseñándonos la costumbre de muchos pueblos antiguos, de contar, no por años solares, sino por años de estaciones ó meses: en cuyo caso siendo verosímil que ellos contasen por estaciones de á tres meses, coincidirian los primeros rayos de civilizacion que recibieron los turdetanos con el arribo de los primeros colonizadores.

De todos modos, no es en el estado civil de los habitantes de las costas de Mediodía y Levante donde hemos de buscar el tipo de las costumbres de los primitivos pobladores de España, sino en los que ocupa- ban el Norte, el Occidente y el centro de la Península, en los que no habian sido modificados con el influjo de las colonias.

Los rasgos comunes y característicos de estos pue- blos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida <sup>(1)</sup>, el amor de la independen- cia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados y como aislados del conti- nente europeo, y mas todavía de las demas partes del mundo, parecian destinados á pasar una vida ig- norada y una existencia oscura. Veamos ahora cómo fueron entrando á participar del movimiento social del mundo antiguo, no olvidando el fondo de carác- ter creado por las primitivas razas, que vere-

(1) *Prodiga gens animæ et Tit. Liv. I. XVIII. properare facillima mortem.*

mos ir sobreviviendo, bien que con algunas modificaciones, á los siglos, á las dominaciones y á las conquistas (4).

(4) Son mas sabidos los nombres antiguos de España que conocido y cierto el origen y segura la etimología de cada uno. El de *Iberia*, aun concedido que aparezca dado por primera vez en el Périplo de Scilax de Caryanda, como 500 años antes de Jesucristo, y bien sea derivado del rio *Iber* ó *Iberus*, bien como pretende Astarloa, de las palabras vascas *ibayeroa*, rio espumoso, parece el de mas natural aplicacion al pais en que habitaban los *iberos*. El de *Spania*, dado, segun la opinion comun, por los fenicios, creemos que se derivará de la palabra *span*, que significa *escondido*, por estar esta comarca como escondida y oculta para ellos á una estremidad del mundo. Parécenos la significacion de *conejo*, á que se presta tambien la palabra *span*, fundamento demasiado pueril para poner nombre á toda una region, por mas conejos que en ella se encontraran, y por mas que las medallas de Adriano representen una muger sentada, con un conejo á sus pies, que dicen ser emblema de la España. De *Spania* hicieron los latinos *Hispania*, y los españoles *España*. Lamáronla tambien los griegos *Hesperia*, pais de Occidente, por la situacion geográfica que ocupa con relacion á la Grecia. El nombre fenicio es el que ha prevalecido con poca alteracion. El de *Iberia* se usa todavia en estilo poético. Volúmenes enteros se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones hayan producido sino conjeturas, pudiéndose reducir las mas probables á las que en estas breves líneas hemos espuesto.

## CAPITULO II.

### FENICIOS, GRIEGOS, CARTAGINESES.

Primeras colonias fenicias.—Cádiz.—Templo de Hércules.—Derrámanse por la Península.—Depósitos y establecimientos de comercio.—Riquezas que extraian de España.—Colonias griegas.—Rosas.—Ampurias.—Denia.—Sagunto.—Atacan los españoles á los fenicios.—Piden estos socorro á Cartago.—Vienen los cartagineses y se establecen en la costa.—Espulsan ellos mismos á los fenicios de Cádiz.—Guerras exteriores de los cartagineses.—Cerdeña.—Córcega.—Las Baleares.—Sicilia.—Españoles auxiliares de Cartago.—Pérdida de Sicilia.—Guerra de los mercenarios.—Resuelven la conquista de España.

Aparecen los fenicios las primeras gentes civilizadas que arribaron á España y fundaron en ella poblaciones.

Estos descendientes de Canaan, cuya tierra habian cubierto de ciudades ricas y populosas, las cuales habian elevado á un grado admirable de esplendor y de prosperidad por medio de la navegacion y del comercio, en que eran singularmente entendidos y aventajados, sostenian mucho tiempo hacia relaciones mercantiles en Egipto, en el Asia Menor, en las cos-